

CONDICIONES HIGIENICAS DE CARTAGENA (Colombia),

por el doctor MANUEL PAJARO H. (de Cartagena).

(Presentado al tercer Congreso Médico Nacional reunido en Cartagena en enero de 1918).

Va a tener la ciudad de Cartagena cosa de cuatro siglos de fundada, y aunque ese lapso es cuatro veces secular, Cartagena ha venido resistiendo victoriosamente a la acción del tiempo, que si a veces, ciertamente, parece benéfica, en otras hace sentir sus destructores efectos.

Por su excelente posición a orillas de un mar estupendo y majestuoso, fue la ciudad colonial predilecta de la Corona de España, y la enriqueció con grandiosos edificios y monumentos que hoy son todavía su mejor ornato. Y en la necesidad de defenderla de la doble irrupción del mar bravío y de la rapacidad de los piratas insaciables, la amuralló admirablemente.

Las calles fueron construídas angostas y tortuosas, precisamente para protegerla, con benéficas sombras, del fuerte y caldeado rayo de sol, que por esa bien meditada construcción de la ciudad, no cae directamente sobre los habitantes de la ciudad que frecuentan sus calles. Agréguese a eso la acción benéfica y saludable del inmenso mar que con los vientos que de continuo soplan sobre su superficie, refrescan y purifican la atmósfera de la ciudad en los momentos de calma de los vientos o por ausencia de las lluvias torrenciales, portadoras de tantos beneficios, cuando no son excesivas.

Fueron las calles de la ciudad de Cartagena de Indias magníficamente empedradas por ingenieros españoles, observando matemáticamente las leyes de la nivelación y haciendo caer las aguas pluviales que corrían por las calles, en las ensenadas y caños que dan al mar. No precisamente por incuria se han dejado dañar lastimosamente las calles y plazas de Cartagena, sino por causa de las contiendas civiles que no nos habían dejado tiempo ni siquiera para conservar la grandiosa obra que nos dejaron nuestros padres.

Dos períodos largos de paz ha gozado, con todo, Colombia durante el último medio siglo: de 1886 a 1895 y de 1902 hasta el presente, esto es, un lapso de quince años; y es patente que ese largo reposo de que ha disfrutado la Nación, le ha sido en extremo beneficioso, pues todo ha ganado inmensamente en la extensa área de la República, pues las poblaciones de importancia y aun las de segundo y tercer orden han recibido en lo material mejoras considerables. Ya se comprenderá que la higiene pública no habrá sido de las menos beneficiadas.

Concretándonos a Cartagena, podemos afirmar que la población se ha transformado no sólo por extraordinario crecimiento a causa de la construcción de nuevos barrios populosos, sino por las reconstrucciones numerosas y de buen gusto que se han hecho y continúan haciéndose, y por construcciones de edificios nuevos. En efecto, posee la ciudad un mercado cubierto de reciente construcción, muy bien edificado, bien situado, convenientemente distribuido, aseado y severamente vigilado. Obra ha sido ésta de la Municipalidad.

Tiene un matadero, cubierto también, en donde pueden beneficiarse diariamente más de veinticinco reses. Hoy este matadero no sólo es ya insuficiente, no obstante que apenas tendrá algo como veinticinco años de haberse construído en el sitio en que hoy se halla. Necesario se ha hecho trasladarlo del lugar en que hoy está, porque el crecimiento de la población lo está invadiendo y constituye un peligro para la salubridad del vecindario, por más que se le asee debidamente. Tiene el propósito la Municipalidad de dedicar un terreno convenientemente situado para construir el nuevo matadero, observando los preceptos esenciales de la buena higiene.

Ha hecho construir la ciudad un crematorio, tan necesario ya en una ciudad como ésta, tan numerosa, tan culta y tan visitada por compatriotas y extranjeros. Detestable resulta el rudimental sistema de quemar las basuras al aire libre con todos los inconvenientes y peligros que tienen las emanaciones de gases empireumáticos para toda una población.

El servicio de luz eléctrica establecido hace más de treinta años, se va generalizando en todos los barrios de la ciudad, con gran beneficio para los habitantes. Y ya por esta circunstancia y porque la población maneja con cuidado el kerosene, es lo cierto que hace muchos años que no presenciámos accidentes dolorosos por kerosene inflamado.

Más bien hemos tenido que lamentar fulminaciones eléctricas por alambres de alumbrado mal aislados o no bien instalados; lo que acusa un servicio eléctrico defectuoso y perjudicial; de

ahí el que la Municipalidad esté vivamente empeñada en dotar a Cartagena de una buena y satisfactoria instalación eléctrica con todos los adelantos y perfeccionamientos que se han alcanzado, a fin de que la ciudad la utilice ampliamente.

El servicio de agua en Cartagena ha sido bueno desde su fundación. Construyeron los colonizadores grandes cisternas públicas en las murallas y castillos de la histórica ciudad para el servicio especial del Ejército. En gran número de casas existen también aljibes más o menos capaces, que recogen las aguas de lluvia que se conservan más o menos bien aireadas y bajo la influencia depuradora del calor solar directo o reflejo. Hay además en cada casa, grande o pequeña, uno, dos o tres pozos de agua procedente de excavaciones y filtraciones. Todo esto según antiguo sistema español, que ha prestado y presta a la población incalculables beneficios en el ramo de aguas. Las de aljibe se han considerado potables, y en este concepto se las ha venido usando sin graves reparos de la higiene y sin daño apreciable para la salubridad pública. Con todo, hace como cuarenta años que algunos médicos de la localidad, y mucho antes de la teoría de las infecciones por determinadas especies de mosquitos, opinaron que las aguas de cisternas eran ocasionadas a producir erisipelas e hidroceles; hechos no comprobados, antes bien, infirmados con el doble hecho de que en otros lugares en que se consumen aguas de aljibe, no se conocen ni el hidrocele ni la erisipela; al paso que en otros en donde no se toman sino aguas vivas, existen muchos casos de erisipela y de hidrocele.

Bien se comprende, sin embargo, que si Cartagena desde el tiempo de la Colonia no tuvo aguas vivas para su consumo, se debió, en primer término, a que no teniendo en la proximidad fuente abundante y perenne de agua potable, debía acudir el Gobierno al sistema de aljibes y pozos, previo dictamen de higienistas e ingenieros. Y así se resolvió el problema de la provisión abundante de agua en Cartagena.

Cierto que los españoles sabían que a veinte kilómetros de la ciudad, en Matute y en Turbaco, había aguas vivas; pero ni las dificultades de los tiempos, ni la circunstancia de ser Cartagena una plaza fuerte que podría ser privada de agua por el enemigo que la asediara, permitieron, a no dudarlo, que los previsores gobiernos españoles pensarán en someter a Cartagena a la peligrosa eventualidad de que se le trajese el agua de lejos; de ahí pues la existencia de cisternas y de pozos en Cartagena.

Sin embargo, a causa de la bienhechora paz de que hemos venido disfrutando, y que el Dios Óptimo se sirva conservarnos indefinidamente, ha aumentado Cartagena su caudal de agua útil para su numerosa y creciente población. Hace pocos años que se construyó en esta ciudad un acueducto que se alimenta de las fuentes de aguas vivas que brotan de las haciendas de Matute, distante quince kilómetros de Cartagena.

Grande ha sido el beneficio que ha reportado esta ciudad de la construcción del acueducto, pues no sólo ha aumentado el caudal de agua que se usa como potable en la población, sino que el suelo de los barrios ha mejorado marca-

damente, al punto de que lo que era campo erial, por lo agrio del terreno, se ha transformado en frescas eras, jardines hermosos y campos de cultivo.

Desgraciadamente, cuando el verano es un poco severo, como aconteció hace pocos años, el agua del acueducto escasea lamentablemente, y no es posible utilizarla por eso en la amplia cantidad que es de desearse.

Es nuestra opinión además que el agua del acueducto procedente del arroyo de Matute no sólo es escasa para la población, sino que no es del todo potable, mayormente en la época en que no llueve, y que por lo mismo se reduce su volumen y se precipitan en mayor cantidad los elementos calcáreos insolubles en que abundan dichas aguas. La filtración de estas aguas se impone pues de modo imperioso, si han de emplearse esas aguas para bebida, como la usa la clase pobre, pues la acomodada sigue usando sin inconveniente, antes bien con placer, el agua de cisternas, por ser delgada y agradable y reunir muchas de las condiciones del agua verdaderamente potable.

El agua de lluvia recogida y conservada en tanques de hierro es, parece, el agua ideal en esta ciudad y en muchos pueblos del Departamento de Bolívar.

Es de notar que la población vecina de Turbaco, en donde quince años atrás se bebía exclusivamente agua de los arroyos próximos, agua calcárea y casi impotable, esa risueña población era azotada sin intermisión por la disenteria. Hoy se consume allí agua de cisternas

o de tanques de hierro, y es palpable que la enfermedad disentérica que la diezma ha perdido desde entonces su antigua frecuencia y gravedad mortífera.

Por todas estas consideraciones, es de lo más acertado el proyecto que se tiene en Cartagena de prolongar su acueducto hasta el Dique, o mejor hasta el mismo río Magdalena, a fin de proveerla de abundante cantidad de agua delgada y potable, mediante una buena instalación higiénica del acueducto, que dé el agua bien filtrada y luego se la someta a la purificación necesaria, para conjurar futuros peligros a la población.

Desde luego sostengamos que aun prolongado el acueducto hasta el río Magdalena, todavía debe Cartagena conservar indefinidamente sus cisternas y pozos para hacer frente a futuras eventualidades en lo que se refiere al indispensable servicio permanente de agua en buenas condiciones y abundantes (1); observando al mismo tiempo los reglamentos de las autoridades sanitarias en lo tocante a impedir que los pozos y cisternas sean criaderos de mosquitos.

Al lado del buen servicio de agua en Cartagena debe colocarse la obra de reparación de las calles. Varias de ellas están ya adoquinadas,

(1) Con razón ha dicho el célebre higienista Grimaud de Caux, que «cuanto más cantidad hay de agua, tanto más se consume»; y Fonssagrives, «que es necesario proveer a una población de la mayor cantidad posible de agua.» «Es preciso que haya mucha agua para que haya bastante agua,» escribió Foucher de Careil, con gracia y aparente redundancia; aforismo que, como dice Fonssagrives, «constituye todo un programa para la hidrología de las poblaciones.»

y otras arregladas con solidez por el sistema de macadam. Al continuar esta refección de las calles de Cartagena, mejorará en gran manera, no sólo el buen aspecto de la ciudad, sino muy especialmente su salubridad, la que, a decir verdad, deja poco qué desear. Con el satisfactorio arreglo de todas las calles y plazas se evitaría la formación de charcos en las vías públicas, fuentes abundantes de mosquitos portadores de gérmenes tóxicos que se generan en charcas y lodazales.

. Con el adoquinamiento o macadamización de las calles de Cartagena, estableciendo los declives necesarios para los desagües en el mar, no habría necesidad, tal vez, de la costosa obra de grandes alcantarillados en toda la ciudad. Las pocas alcantarillas que fueran necesarias deberán ser cubiertas, desinfectadas con frecuencia, y luego convenientemente evacuadas cuando fuera tiempo.

Es nuestra opinión que en ningún tiempo vendrá a Cartagena el que se establezcan como redes de alcantarillas en comunicación consumidores y letrinas, sino que estos depósitos funcionan independientemente en cada casa, pero que sean desinfectados a cortos intervalos de tiempo por los medios antisépticos usuales, y a períodos prudenciales, completamente evacuados; todo bajo la vigilancia más estricta de la autoridad sanitaria respectiva.

Estas labores para mejorar las condiciones higiénicas de Cartagena se enlazan estrechamente con la gran obra de higienización completa del puerto de esta ciudad.

No dudamos de que cuando cese la mala situación fiscal que juntamente con el mundo atraviesa Colombia, se ponga manos a la trascendental empresa de sanear este importantísimo puerto que es como la antesala de la República.

Si nos fuera permitido, nos atreveríamos a encarecer al Congreso de sabios médicos, que son a la par eximios patriotas, que forman el tercer Congreso Médico Nacional de Colombia, que tomara bajo su valioso patrocinio el vasto proyecto del saneamiento del puerto de Cartagena, para beneficio y honra de toda la República.

Por lo demás, y como lo hemos insinuado ya, las condiciones sanitarias de Cartagena son satisfactorias; de donde resulta inexplicable que se someta a cuarentenas injustificables en puertos inmediatos a las procedencias de Cartagena.

A este respecto, bien podría el Congreso Médico Nacional que funciona actualmente, confirmar su opinión en esta materia, que no sólo afecta los intereses pecuniarios y coarta la libertad de los viajeros que parten de Cartagena, sino también la dignidad de la República, incorporada en la Convención sanitaria internacional de París, vigente, que reglamenta el establecimiento de las cuarentenas.

Y puesto que en Cartagena no reinan de ordinario epidemias de enfermedades malignas, ni la cifra de la mortalidad es elevada, y que los casos de longevidad han sido y son numerosos en esta ciudad, bien puede concluirse que Cartagena es una ciudad sana.